

Ser y deber ser de mujeres estadounidenses de clase media durante la guerra de secesión

BEING AND SHOULD BE OF MIDDLE-CLASS AMERICAN
WOMEN DURING THE CIVIL WAR

Matteo Arias Díaz
Universidad Iberoamericana
México

ABSTRACT

Normally we think about the 19th century as a period of time when American women found very few opportunities to be noticed or to make an impact in their society. However, literature and historiography illustrate us that they formed a very relevant group within the political, cultural, military and economic processes of the United States of America. Even though they had to tolerate a very rigid must-being, there are multiple expressions of an active and highly involved participation. Through a brief historical review, in which we ask ourselves about the conditions in which the female gender was, we take a look at the communications of the 19th century social system of North America to discover a very striking and important being of women, having civil war as a turning point, to explain the later emergence of feminism in the 1970s.

Keywords: Women, literature, must-being, participation, being, feminism.

RESUMEN

Normalmente pensamos el siglo XIX como un periodo en el que las mujeres estadounidenses se encontraban con nulas oportunidades para sobresalir o causar impacto en su sociedad. Sin embargo, la literatura y la historiografía nos demuestran que ellas conformaron un colectivo muy relevante dentro de los procesos políticos, culturales, militares y económicos de los Estados Unidos de América. Aun cuando ellas tenían que responder a un muy rígido deber-ser, hay múltiples expresiones de una participación activa y altamente involucrada. A través de un breve repaso histórico, en el que nos preguntamos por las condiciones en las que se encontraba el género femenino, nos adentramos en las comunicaciones del sistema social decimonónico de Norteamérica para descubrir un ser de las mujeres muy llamativo, con el punto de inflexión de la guerra de secesión, para explicar el posterior surgimiento del feminismo de la década de los setenta.

Palabras clave: Mujeres, literatura, deber-ser, participación, ser, feminismo.

Ensayo recibido: 23 de febrero de 2021

Ensayo aceptado: 21 de junio de 2021

El mundo está lleno de mujeres como Beth, tímidas y tranquilas, que aguardan sentadas en un rincón hasta que alguien las necesita, que se entregan a los demás con tanta alegría que nadie ve su sacrificio hasta que el pequeño grillo del hogar cesa de chillar y la dulce y soleada presencia desaparece para dejar tras de sí silencio y oscuridad.

Louisa May Alcott¹.

“Pensar” en la historicidad de nuestra cultura, y en cómo esta circunstancia impacta en nuestra manera de actuar, es uno de los elementos más fecundos dentro de los estudios históricos. No es descabellado tratar de observar cómo los seres humanos cambiamos a lo largo del tiempo, ¿cierto? Sino todo lo contrario. Por lo tanto, es posible plantear la siguiente interrogación: ¿cómo eran las mujeres y qué se esperaba de ellas en una época y sociedad distinta a la nuestra? ¿Cómo y de qué forma podemos explicar el papel (o los papeles) que las mujeres cumplían, por ejemplo, dentro de la sociedad estadounidense durante la convulsa Guerra de Secesión? ¿Por qué se conformaban esas representaciones sociales de “ideal femenino”?

Como en todo colectivo social, al hablar de “mujer”, nos referimos a un sinfín de grupos compuestos por diferentes etnias, estratos sociales, ingresos económicos, orígenes culturales, etc. Por lo que, para los propósitos de esta investigación, me voy a centrar en una perspectiva general de lo que el género femenino² de

clase media³ tenía por esencia y por deber al momento de constituirse como parte de la sociedad norteamericana durante el periodo de 1840-1870⁴. Cabe aclarar, a su vez, que el objetivo de este escrito no es adentrarse en fundamentos feministas; más bien, este texto nace con la intención de investigar qué implicaba ser mujer de clase media en la sociedad de esta época y cuáles eran los protocolos o fundamentos de lo que una persona podía o no podía realizar, pensar, decir, vestir, etc. Todo esto debido a la imperante necesidad de los historiadores del siglo XXI de abordar los procesos históricos de los sistemas sociales, incluyendo a los grupos marginados u olvidados por la historia.

La hipótesis que postulo consiste en que las normas sociales limitaban a las mujeres imponiendo duras reglamentaciones y rígidos protocolos a seguir para ser consideradas damas decentes. Aunque, eso no impedía ver a muchas de ellas siendo capaces de hacerse con un nombre propio y sobresalir en la sociedad norteamericana decimonónica. Añadiendo el hecho de que estas mujeres nos demuestran que estaban muy lejos de aspirar únicamente al casamiento y la procreación. Más bien, nos encontramos con un grupo social involucrado de forma activa y que, incluso, llegaba a desempeñar funciones que se

³ Por clase media se entiende el estamento social situado entre una clase acomodada económica y socialmente (clase alta) y una que depende de un trabajo poco remunerado para su supervivencia. Esto significa que una persona de clase media tiene las condiciones suficientes para una vida cómoda; aunque, sin muchos lujos.

⁴ Escojo esa temporalidad porque pienso que es la más fecunda para hallar los cambios que se presentaron en el tránsito a la modernidad avanzada en Norteamérica. La investigación tomará como guía las siguientes preguntas: ¿qué significa ser mujer en el siglo XIX estadounidense? ¿Cómo debe comportarse y actuar una mujer para ser aceptada en esa sociedad? ¿Cuáles son los roles y el papel que debe cumplir?

salían de los roles asignados. En cuanto a la metodología, leeré una obra literaria en específico, *Little Women* de Louisa May Alcott porque la considero la más ilustrativa. Igualmente, complementaré dicho análisis con la lectura de otras obras de la época, sólo que no con la misma profundidad. Después, leeré fuentes secundarias que analicen de manera histórica, historiográfica y literaria el periodo tratado para enriquecer las afirmaciones de este trabajo. En resumen, me adentro en los textos primarios desde propuestas de carácter hermenéutico y pragmático⁵ para rescatar el ser y deber-ser de la mujer de clase media de mediados del siglo XIX.

Ahora bien, es más que evidente que este tema ya ha sido abordado por otros autores, algunos de ellos citados en este ensayo, pero, de acuerdo con mi opinión, la lectura ha sido descontextualizada en muchos de esos textos y se ha impuesto una lectura continuista que destruye las singularidades de esa época y genera una conclusión anacrónica. Por último, vale la pena señalar que el enfoque teórico de esta investigación es de historia cultural⁶.

RESCATANDO VOCES DE LOS SILENCIOS: LA CATEGORÍA DE GÉNERO

A lo largo del tiempo, la investigación

⁵ Para el caso del análisis hermenéutico (interpretación y análisis de fuentes), nos proponemos diseccionar y cuestionar los documentos o textos de cultura utilizados en esta investigación desde la mirada que tendría el lector decimonónico para obtener respuestas mediante una perspectiva crítica. Y, para el caso del análisis pragmático, nos referimos a reconstruir el contexto de producción de los documentos en cuestión para profundizar de mejor forma en el horizonte de expectativas del siglo XIX.

⁶ Se investigan las singularidades de cada sociedad, sus prácticas discursivas, su literatura, sus rasgos culturales, etc., sabiendo que no hay verdades universales ni transculturales. Todo está sujeto al cambio, es histórico.

histórica se ha abocado a temas principalmente políticos, militares y económicos. No fue sino hasta el siglo XX cuando la historia comenzó a acercarse a temas distintos. El enfoque histórico, pues, despreciaba a las clases populares, los grupos marginados y las clases no hegemónicas. No obstante, la microhistoria y la subalternidad surgieron como alternativa para resignificar el discurso histórico desde una nueva óptica; comenzaron a incluir categorías de raza y clase para amplificar los temas, pero un grupo en particular fue el que apareció más tardíamente en esta amnesia histórica: las mujeres. Ahora bien, como toda investigación histórica, los presupuestos teóricos son cruciales para poder leer las fuentes con las preguntas adecuadas. Tomar en cuenta a las mujeres dentro de los procesos históricos no es un tema secundario para la investigación. Implica la comprensión de las estructuras históricas mucho más completa, pues tanto actividades públicas como privadas han sido determinadas por la presencia femenina. En una palabra, las mujeres son un agente histórico relevante. Por consiguiente, estas nuevas aproximaciones dentro del campo de estudio de la historia han mostrado la importancia que tiene introducir una categoría analítica adecuada.

“Género” aparece entonces como el término requerido por cualquier análisis de esta índole. Al plantear “género” como concepto de observación, no significa que las mujeres deban ser incluidas en la historia como un grupo aparte o como una clasificación separada. Todo lo contrario, los procesos históricos se caracterizan por ser el resultado de una concatenación de eventos culturales, políticos, económicos, militares y, también, sociales. “Género”

¹ Louisa Alcott, *Mujercitas*. Trad. por Gloria Méndez (Barcelona: Planeta, 2009), 65.

² *Infra*.

es empleado como categoría de análisis social para entender las representaciones culturales de “lo propio de una mujer”, los códigos ideológico-culturales⁷. No se trata de generar una lectura descontextualizada ya que sabemos que la palabra “género” no existía en el tiempo que estudia este trabajo. Antes bien, el término es empleado por Joan Scott, Marta Lamas y otras autoras para designar la forma en que ese grupo humano es construido desde la colectividad. Es decir, cuando hablamos de “género femenino”, se hace desde la lectura de cómo culturalmente se construye una imagen de la mujer; la simbolización de lo que implica pertenecer al sexo femenino y lo que socialmente representa esa identidad⁸: las normas de las relaciones sociales o y los significados de la experiencia, así como los discursos sociales. Tomando en cuenta, claro está, que todos estos criterios varían de manera histórica y cultural⁹.

La producción de formas culturalmente apropiadas respecto al comportamiento de los hombres y las mujeres es una función central de la autoridad social y está mediada por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas. Así como las instituciones económicas producen aquellas formas de conciencia y

de comportamiento que asociamos con las mentalidades de clase, las instituciones que se encargan de la reproducción y la sexualidad también funcionan de manera similar¹⁰.

Por ejemplo, en *Jane Eyre* de Charlotte Brontë¹¹ vemos cómo, para una mujer del siglo XIX en el Reino Unido, las opciones eran claras: casarse o trabajar; que las mujeres tenían una paleta de opciones menor debido a que, en su mayoría, tenían que pensar en lo que el resto de la sociedad iba a expresar de ellas: ¿era posible decidir no casarse o no tener descendencia? ¿Era viable colocar el trabajo antes que el matrimonio con un hombre con estatus social o económico? Otro gran ejemplo lo encontramos con Elizabeth Cady Stanton, mujer que, en ensayos y obras literarias, denunció la falta de libertad y autonomía. En su “Declaración de Sentimientos” ella hace un llamado al cambio en la estructura social para el reconocimiento de los derechos de las mujeres¹². Justamente este es el punto al que quería llegar: la literatura no sólo nos mostrará una pequeña parte de lo que se comunica acerca de la construcción cultural de la naturaleza femenina, también hay que añadir el hecho de que nos ilustra cuáles eran las posibilidades, fruto del modelo racional y moral decimonónico, que las mujeres tenían delante suya. Aunado a lo anterior, algo que nos servirá mucho es que fueron muchas las mujeres de este tiempo que emprendieron escritos por cuenta propia: gran parte de las novelas o textos literarios de esta índole

10 *Ibid.*, 2.

11 Cfr. Charlotte Brontë, *Jane Eyre* (México: Alianza Editorial, 2017).

12 Khelifa Arezki y Katia Mahmoudi, “American Women of the Colonial Period and of the Nineteenth Century City”, en *On the Equality of Sexes*, ed. por Judith Murray (Argelia: Multilinguales, 2013).

7 Joan Scott, “El género: Una categoría útil para el análisis histórico”, en *El género: una categoría útil para el análisis histórico*, ed. por Marta Lamas (México: PUEG, 1996), 265-267.

8 *Idem.*

9 Jill Conway, Susan Bourque y Joan Scott, “El concepto de género”, en *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, ed. por Marta Lamas (México: PUEG, Porrúa, Grupo Editorial Miguel Ángel, 2000), 3.

fueron escritos por mujeres de clase media cuyas labores eran compaginadas, en los ratos libres, con el pasatiempo de la escritura. Recurrir a novelas, ensayos, poemas, cuentos, etc., es necesario si buscamos una mejor comprensión del panorama, así como la moral y la psique del género femenino... podremos cotejar aquellas convenciones, protocolos, hábitos y costumbres¹³.

LA “MUJER VERDADERA”: CONCIENCIA E IDEOLOGÍA

Durante los siglos XVIII y XIX se dio la fiebre industrial. Esto desembocó en la producción de abrumadoras cantidades de productos de mercado europeos y norteamericanos a muchos países que carecían de los privilegios del progreso. Debido a todo esto, las sociedades industrializadas de estos tiempos se enfocaron única y exclusivamente en aumentar sus beneficios económicos a costa de los miles de trabajadores de los sectores industriales. Esta nueva cultura obsesionada con el progreso material y científico favoreció de sobremanera a la figura masculina ya que esta se erigió como la cabeza productiva y económicamente activa (en el nivel público). En este contexto, la mujer fue relegada a

13 Mary Mason, “Women in the Nineteenth Century as Seen through History and Literature”, *The History Teacher* 8 (1975): 194. “Nosotros proponemos usar novelas en una manera más precisa, explorar la parte privada de la vida de las mujeres, su concepción de ellas mismas, su sexualidad y los detalles de su vida cotidiana. La literatura es un fenómeno cultural, ella refleja una cultura y la refuerza. Lo que muestra es el impacto de las condiciones sociales, costumbres, creencias, estructuras de lo individual, no tanto el carácter individual en un trabajo literario como el autor individual que lo creó”. Traducción elaborada por Matteo Arias.

Ahora bien, esto no significa que la literatura deba tomarse como fuente de información verídica en su totalidad, esto es, creer ciegamente en lo que nos relata. Más bien, una vez que se cuestiona el relato narrativo, se trata de encontrar las expresiones sociales calcadas de forma indeleble en estos escritos.

la economía privada, o sea, al ambiente doméstico. Es aquí donde se empieza a configurar la semántica trazada por la categoría de “mujer verdadera”¹⁴: una figura femenina constituida por una serie de virtudes etéreas e inalcanzables para los hombres, pero una figura maniatada a un molde muy específico: un deber-ser inflexible. Cuando hablamos del deber-ser no sólo tocamos los estereotipos, los valores (muchos de ellos de la religión cristiana) y lo que se espera de una mujer, sino que también tenemos que considerar cómo la colectividad integrada por familiares, vecinos, trabajadores... juzgaban el comportamiento de las mujeres; cómo les asignaban una serie de propiedades como “piedad, pureza, sumisión y domesticidad”¹⁵. Mujer que no cumplía con este listado no era una mujer verdadera para esta sociedad.

Una mujer debía tener una dignidad propia de una santa, ser delicada al tiempo en que sus hábitos eran muy refinados. Nos lo ilustra Louisa May Alcott cuando escribió: “Josephine, ya va siendo hora de que dejes de imitar a los chicos y te comportes mejor. Cuando eras pequeña no tenía importancia, pero ahora has crecido, llevas el cabello recogido y debes actuar como una dama”¹⁶. Se le achaca a Josephine ser “demasiado masculina”¹⁷.

Además, sus deberes eran muy específicos porque a ellas les tocaba ser el pilar del hogar (denominación que no parece negativa, pero debemos entender que este deber doméstico conllevaba una reducida participación en las actividades públicas)¹⁸.

14 Barbara Welter, “The Cult of True Womanhood: 1820-1860”, *American Quarterly* 18 (1966): 151-174. Tanto Barbara Welter, como Susan Cruca coinciden en su uso.

15 *Ibid.*, 152.p. Traducción elaborada por Matteo Arias.

16 Louisa Alcott, *Mujercitas*, *op. cit.*, 14.

17 *Ibid.*, 15.

18 Barbara Welter, *op. cit.*, 153-155. Para la

En ese sentido, la mujer verdadera que hemos venido reconstruyendo es una dama (lady) que no podía perder ese estatus de virtud, pureza e inocencia, pues caería de la gracia de la sociedad y se perdería su atractivo y feminidad. La dama es, para el poemario Ladies' Wreath "la Criatura de Dios y la Creadora de la Sociedad [que] vio la pureza como su más grande don y el principal medio para cumplir su deber de salvar el mundo: la pureza es la más elevada belleza -la verdadera estrella polar- que está para guiar a la humanidad correctamente en su largo, variado y peligroso viaje"¹⁹.

En el poema "Female Charms" publicado en la revista Godey's Magazine and Lady's Book (Filadelfia, 1846), vemos las expectativas definidas para la mujer²⁰:

Yo la tendría tan pura como la nieve en la montaña -tan verdadera como la sonrisa que se le da a la infamia- tan pura como el agua de la cristalina fuente, pero tan cálida en el corazón como la luz del día en el cielo. Con una mente cultivada, no presumiblemente sabia, yo podría contemplar tal belleza, con exquisita dicha; con su corazón en sus labios y su alma en sus ojos. ¿Qué más podría pedir en una querida mujer como esta?

Por otro lado, tampoco hay que perder de vista que dicha mujer verdadera cargaba con la importancia capital de su pureza, traducida en la virginidad prematrimonial,

conformación de esta esencia femenina, es evidente que la educación era vital. Este elemento se trata más adelante.

19 *Ibid.*, 157. Traducción elaborada por Matteo Arias.

20 *Ibid.*, 158. Traducción elaborada por Matteo Arias.

y del compromiso nupcial. Contraer vínculos con un hombre implicaba que debía prepararse con antelación para ser una buena esposa. Pero ¿qué significaba ser una buena esposa?

En primer lugar, la novia, que tenía que llegar virgen, debía alistarse con conocimientos básicos de cocina, tenía que estar instruida en la limpieza y cuidado del hogar y, sobre todo, prepararse para criar hijos. El matrimonio implicaba una serie de responsabilidades, pues, mientras el marido se encargaba de la manutención, la casa tenía que ser un lugar confortable... debía estar lista para recibir al hombre. El deber de la esposa implicaba también no descuidar a sus críos. Su labor era fundamental, pues ella tenía que preocuparse por tener la casa en regla, la comida lista y los niños bien cuidados. No obstante, aunque el matrimonio era primordial²¹, lo más importante era la maternidad: para la sociedad decimonónica estadounidense, el mayor bien que una mujer podía llegar a recibir era el de ser madre. Ser madre conllevaba la responsabilidad de engendrar a un hijo de la nación²². Veamos la siguiente cita bastante ilustrativa:

Al igual que la mayoría de las recién casadas, Meg inició su vida matrimonial decidida a convertirse en un ama de casa ejemplar. John debía encontrar un paraíso en su hogar, ver siempre una sonrisa en su rostro, comer como un rey y no echar en falta nunca ni un solo botón. La joven se entregó a la

21 *Ibid.*, 169. En la época especificaban que "el matrimonio era lo mejor, pero no era absolutamente necesario. Las revistas de mujeres intentaron remover el estigma de ser una solterona". La Traducción elaborada por Matteo Arias.

22 Susan Cruet, "Changing Ideals of Womanhood During the Nineteenth-Century Woman Movement", *General Studies Writing Faculty Publications* (2005): 188-189.

tarea con tanto amor, energía y alegría que era imposible que no lo lograra, a pesar de algunos obstáculos²³.

Se entregó a la tarea con tanto amor, energía y alegría que era imposible que no lo lograra, a pesar de algunos obstáculos.

Para todo esto, la educación del hogar y escolar se volvía fundamental: una mujer promedio aspiraba a ir al colegio durante lo que ahora llamamos pubertad y adolescencia. En ese punto, familia, ideología social, religión, cultura popular y educación convergían en ir preparando para adquirir conciencia de su deber-ser. La educación edificaba la serie de conocimientos propios de la "mujer verdadera". La instrucción que recibía estribaba en prepararla para su rol en casa: debía saber cantar, dibujar, bailar, tener buenos modales y saber expresarse de forma adecuada (como una dama) para tener un ambiente ameno en el hogar²⁴. Sin olvidar que la educación era principalmente religiosa: la mujer verdadera era una mujer piadosa. "Si la religión era tan vital para una mujer, la ausencia de religión era casi desagradable para contemplarla. Se advertía a las mujeres de que no dejaran que sus búsquedas literarias o intelectuales las alejaran de Dios"²⁵. El hombre podía divergir, podía tener malos modales hasta cierto punto; sin embargo, una mujer no podía alejarse de su estricto molde: "se esperaba que una mujer verdadera sirviera como la protectora de la religión y la sociedad civilizada"²⁶. Ergo, el ambiente cultural y social definía esa métrica sobre la que se medía la feminidad de la mujer.

23 Louisa Alcott, *Mujercitas*, op. cit., 386.

24 Vemos cómo las aspiraciones intelectuales de una mujer eran limitadas a la funcionalidad en el matrimonio y la familia. Una mujer podía salirse de esta rúbrica, pero no lo hacía sin una especie de máscara social.

25 Barbara Welter, op. cit., 154. Traducción elaborada por Matteo Arias.

26 Susan Cruet, op. cit., 188. Traducción elaborada por Matteo Arias.

No obstante, la realidad era otra, pues las mujeres de clase media y clases bajas evidentemente tenían que recurrir a la labor en el exterior... aun cuando el rol estipulaba actividades domésticas; por ejemplo, en el norte de los Estados Unidos laborando en la industria textil y, en el caso del sur, en labores agrícolas y de servicio para otras familias. Muchas mujeres de clase media trabajaban antes del matrimonio y, a pesar de todo esto, sus labores no eran valoradas o remuneradas adecuadamente:

Mientras podían encontrar trabajo como vendedoras u obreras en fábricas, las mujeres eran desanimadas con respecto a ser asalariadas por la creencia de que aquellas que recibían salarios eran 'antinaturales'. Además, los bajos salarios, la ausencia de movilidad ascendente, las deprimentes e insalubres condiciones de trabajo, todo hizo del matrimonio una estrategia de supervivencia atractiva para las mujeres de la clase trabajadora²⁷.

En consecuencia, una mujer promedio tenía como meta principal casarse y tener hijos no sólo porque la conciencia social y religiosa (protestante, católica, anglicana o puritana) invitaba a ello, sino porque, en términos de manutención económica, salía rentable y se evitaban las incomodidades (por no decir desigualdades) del ambiente laboral²⁸.

27 *Ibid.*, 187. Traducción elaborada por Matteo Arias.

28 Louisa Alcott, *Mujercitas*, op. cit., 450. "Puede que sea una interesada, pero detesto la pobreza y no pienso soportarla ni un segundo más de lo imprescindible. Es preciso que una de nosotras se case con un hombre rico. Meg no lo ha hecho, Jo no lo hará y Beth todavía no puede... De modo que lo haré yo y así todos llevaremos una vida más confortable. No me casaría con un hombre al que detesto o despreciase".

Cambiando de tema, ya sabemos que la literatura de estos tiempos, en términos generales, debía responder a los estándares de comportamiento, gustos, formas de pensar y demás²⁹. En el caso de *Little Women*, atestigüamos los valores femeninos propios de una mujer a los ojos de la sociedad que escribe a través de la pluma de Alcott³⁰. Su obra ejemplifica lo que se espera de una mujer: crecer con buenos modales y valores, casarse y tener hijos productivos. Aquí es donde hay que realizar un fundamental matiz. El hecho de que Louisa May Alcott escriba desde su particular lugar de enunciación no quiere decir que ella fuera partícipe de este deber-ser asignado a las supuestas mujeres verdaderas de su tiempo. Su obra refleja dichos códigos morales, pero no quiere decir que esté de acuerdo con ellos. En este sentido, hay una conciencia sobre la construcción social de la mujer. Simplemente, ella, como observadora social, no puede salir por completo del molde.

Más adelante entraremos en lo que implica la “mujer pública”, pero, por el momento, basta con afirmar que había mujeres que demostraban sus ganas de ser cultural y socialmente relevantes mediante medios como la escritura. Redactar era una ventana para las mujeres escritoras hacia un mundo lleno de posibilidades³¹ para contribuir con voces distintas: “así, la novela posibilitó a las mujeres un foro público a través del cual ellas podían compartir experiencias en un esfuerzo por revelar preocupaciones comunes que permitieron a las mujeres explorar

soluciones a los problemas sociales que plagaban a las mujeres del siglo XIX³². De acuerdo con Susan M. Cruea, estas novelas escritas por mujeres son un indicativo “protofeminista”³³ que ejemplifican un ideal de mujer pública, “con control de su cuerpo, que logra su independencia de las circunstancias y controla su propia vida”³⁴. Una clara búsqueda de mejores oportunidades y condiciones dentro y fuera del hogar. Por ende, vemos una exhortación indirecta a las lectoras a pensar por sí mismas, tener una conciencia crítica y ser artífices de su propio destino³⁵.

A LA MODA: LA VESTIMENTA FEMENINA

Si pretendemos reconstruir al género femenino estadounidense de este periodo, necesitamos ir a cosas triviales como la vestimenta. ¿Qué mejor forma de entender el comportamiento o las aspiraciones que desde la ropa? La vestimenta muestra los estereotipos y códigos culturales que la sociedad estadounidense imponía a las mujeres. Si analizamos la vestimenta, podemos observar lo que se esperaba de

32 *Ibid.*, 197. Traducción elaborada por Matteo Arias.

33 Recordando que el concepto de feminismo no existe aún. Vale la pena añadir que, aunque sí existía esta conciencia de las libertades para el género femenino (encontramos numerosas quejas y exigencias de mayores oportunidades incluídas el sufragio femenino ya hacia el último tercio del siglo), todavía no podemos hablar de un movimiento feminista.

34 *Ibid.*, 197. “Fanny Fern, Harriet Beecher Stowe, Susan Warner, Louisa May Alcott, Southworth, and Elizabeth Stoddard estaban todas activamente comprometidas en producir ficción que buscaba iniciar el cambio social”. En conclusión: las autoras de novelas juveniles no sólo nos comunican cómo era la sociedad, sino que promueven sutilmente una dislocación del paradigma moral. Traducciones elaboradas por Matteo Arias.

35 *Ibid.*, 198-200. Pasando de la mujer verdadera a la mujer pública.

la mujer³⁶. Como ya hemos mencionado anteriormente, no hay un único grupo femenino como para poder englobar la vestimenta que utilizaban las mujeres... por eso me enfoco en la clase media. A su vez, de antemano me disculpo por no poder profundizar como debería en este apartado.

En los inicios del siglo, la ropa mantenía su carácter cómodo y práctico sin sacrificar la elegancia. No obstante, conforme fueron avanzando los años, la moda se fue ajustando a las exigencias impuestas por las convenciones sociales. El norte de EUA, la región industrializada y urbanizada, “era un centro de industria, negocios y moda. Las mujeres de la ciudad de Nueva York vestían las más elaboradas galas y admiraban las ilustraciones de gorros, lazos y las últimas tendencias de París en revistas como *Godey’s Lady’s Book* (fundada en 1830)³⁷”. La vestimenta que se portaba en la región de Nueva Inglaterra no era muy diferente a la utilizada en las grandes capitales europeas. Se había popularizado un estilo estándar, uniforme de vestir³⁸. Sobre todo porque, durante el reinado de Victoria del Reino Unido (1837-1901), Inglaterra, en pleno apogeo, marcaba la pauta con su centenaria revolución industrial. Esta situación, por supuesto, también impactó en la ropa puesto que las máquinas de coser, popularizadas desde los cincuenta, y el advenimiento de los tintes sintéticos motivó a una producción masiva de prendas en los sitios que estaban en proceso de industrializarse.

36 Kathleen Canning, *op. cit.*, 384-385. El cuerpo femenino construido en los discursos sociales define la experiencia de la normatividad reinante y muestra, mediante la vestimenta, cómo se edifica el ideal femenino de una sociedad. Es un cuerpo politizado, sujeto a los esquemas de pensamiento.

37 Philip Steele, *A History of Fashion and Costume. The Nineteenth Century* (EUA: Bailey Publishing Associates, 2005), 10. Traducción elaborada por Matteo Arias.

38 *Ibid.*, 8.

Para mediados del siglo, se había vuelto común un tipo de vestimenta muy particular conocida hoy en día como la moda victoriana en honor a la reina mentada. Las prendas ya no estaban pensadas para la comodidad, sino para la ostentación: el tipo de tela y la cantidad de capas en el vestido significaban riqueza. Esto quiere decir que, en el caso de las clases acomodadas económicamente, es decir, aquellas en las que la mujer no tenía que preocuparse por trabajo alguno, vemos un corsé apretado en conjunto con una falda compuesta por numerosas decoraciones, grabados y bordados. La ostentación era todo.

En cambio, en las mujeres de clase media, considerando que no hay tantos recursos y se necesita laborar en el hogar, la ropa no podía ser tan ostentosa, más bien se priorizaba el precio y la funcionalidad de la prenda, sin dejar a un lado la presentación. Aquí hay que realizar una puntualización fundamental: la moda no llegaba con el mismo ritmo a todas las regiones del planeta ni a todos los estratos y, de forma general, las clases medias y bajas permanecían con prendas anticuadas. En suma, ropa más austera.

Para el norte, nos encontramos con mujeres dedicadas a las oficinas y fábricas: secretarias, asistentes, typewriter girls... En el caso del sur, sobre todo en los territorios localizados al este de los Apalaches, el ambiente era eminentemente rural. A pesar de esto, las prendas para la clase media del género femenino entre los dos polos no presentan grandes cambios; aunque, sí vemos predominancia del blanco y menor número de pliegues en el caso sureño. La vestimenta era similar; con menor grado de complejidad en los bordados y adornos para las que habitaban en la región agrícola-esclavista³⁹.

39 *Ibid.*, 8-12.

29 Susan Cruea, *op. cit.*, 189.

30 Eso no significa que ignoremos el criterio de oposición que representa uno de los personajes (Jo).

31 No es casualidad el rol protagónico del personaje de Jo en *Little Women*. Un personaje con el que la autora presenta muchas semejanzas en cuanto a la forma de pensar y de ser.

A propósito de los rasgos primordiales, tenemos los siguientes. Las faldas, a partir de 1830, se fueron llenando de decoraciones que, para 1850-1860 habían desembocado en la crinolina completa: en forma de campana que se ensancha abultada en múltiples pliegues⁴⁰.

El corsé se ajustaba a la cintura del cuerpo para dar una apariencia delgada y moderna (cintura reducida y ajustada). No se llevaba escote durante el día, pero sí en las noches (no muy pronunciado para no caer en la indecencia) para las fiestas y los eventos nocturnos. El ancho de la falda, para la década de los cincuenta, era considerablemente grueso⁴¹. Las mangas, que sobresalían a lo largo del antebrazo, cubrían la mayor parte de la extremidad superior.

Si dejara un lado el resto de la parafernalia: aparte de la crinolina voluminosa compuesta de aros, estaba el uso de sombrero, guantes y zapatillas. Respecto al primero, la cabeza descubierta no era una opción si se quería mostrar clase al momento de vestir bien; por ende, el sombrero de copa acompañaba cualquier tipo de peinado. "Las jóvenes de principios del siglo XIX llevaban sombreros [...] o gorros, a menudo decorados con flores y atados con una cinta debajo de la barbilla. Gorros redondos más grandes, adornados con encajes y cintas, se usaron a mediados de siglo"⁴². En cuanto a los guantes, su uso radicaba en cubrir las manos como indicio de "delicadeza", o sea, un fin estético⁴³. Finalmente, el calzado, estrecho, carente de tacón y en blanco o negro, terminaban siendo el acompañamiento discreto para la

40 *Ibid.*, 8.

41 *Ibid.*, 9. Casi como un domo. Para 1870 vuelve a reducirse la amplitud de la falda.

42 *Idem.*

43 Cabe aclarar que, en muchos casos, las mujeres de clase media ocultaban los vestigios del trabajo plasmados en las manos (cayos y otras imperfecciones como quemaduras o heridas) mediante estos.

voluminosa falda. Estaban hechos de tela, pieles o cuero y, ya en la década de los setenta, apareció el tacón cuya altura y finura fue aumentando con el paso de los años⁴⁴. Está más que claro que la vestimenta ilustra esa delicadeza y fragilidad que se esperaba del género femenino. En resumen, hablamos de ornamentación exuberante para ostentar, para ser una apariencia, pero no un agente productivo como el hombre.

MUJERCITAS: AUTORA Y LECTORAS

"Little Women es una cálida, encantadora y tímida historia de la venidera mayoría de edad sobre el amor familiar, la pérdida y la lucha localizada en una pintoresca representación de la vida en Nueva Inglaterra de mediados del siglo XIX. Lo que la distingue [a la obra] es la joven mujer en su centro. Su nombre es Jo March, pero su personaje es Louisa Alcott"⁴⁵. Escrito entre 1862 y 1867, Little Women (que originalmente estaba distribuido en diversos segmentos) vio la luz como parte de una obra en la que Alcott cuestionaba los roles establecidos para las mujeres. El personaje de Josephine surge como un medio de protesta ante el rígido deber-ser que se esperaba de una mujer. De hecho, la muy célebre frase "explicó Jo, convencida de que dominar su temperamento era una misión mucho más ardua que la de mantener a raya a unos cuantos rebeldes sureños"⁴⁶ nos dibuja el escenario de la mayor parte del libro. Un texto cuyo propósito es mostrar el conflicto interno de muchas mujeres como Jo que no querían encajar en el molde que la

44 *Ibid.*, 8-13.

45 Harriet Reisen, Louisa May Alcott. *The woman behind Little Women* (EUA: Henry Holt & Company Inc, 2010), 2.

46 Louisa Alcott, *Mujercitas*, op. cit., 22.

sociedad esperaba; su forma de pensar difiere de los valores y representaciones sociales de su época⁴⁷. La guerra civil es el panorama sobre el que se desarrolla una obra que se dirige a un público femenino joven con la intención de mostrar cómo y por qué la idea de "mujer verdadera" para la autora es algo que no necesariamente debe seguirse al pie de la letra; hay un conflicto en la dicotomía del ser y deber-ser. Esto es, que las jóvenes como Jo que quieren ser distintas pueden serlo, pueden escoger ser "menos femeninas"⁴⁸, he ahí el mensaje de Alcott.

Por lo que el libro no sólo nos presenta ejemplos moralizantes, sino que lleva al lector a comparar esto que en la investigación hemos denominado ser y deber-ser. Es decir, Alcott no promueve esa imagen idílica y perfecta de la "mujer verdadera" sin motivaciones e intereses, sin voluntad propia y sin errores. En cambio, nos muestra una versión más apegada al ser de la mujer estadounidense del siglo XIX... a partir de las cuatro protagonistas y de los otros personajes femeninos que aparecen en el escrito: mujeres "más humanas", apegadas a la realidad. Es muy llamativo encontrar a lo largo del texto las sutiles, pero contundentes denuncias que hace Alcott; lleva al lector a preguntarse si es que la mujer sólo debe quedarse en el ambiente doméstico, si es que ella no puede hacer algo más que esperar en casa a que llegue el esposo. El texto presenta un conflicto con los valores prestables concieniciando a las jóvenes lectoras sobre la importancia de escoger con sabiduría la vida que quieren para ellas mismas: un

47 Judith Fetterley, "Little Women: Alcott's Civil War", *Feminist Studies Summer 5* (1979): 370.

48 Exhorta a la juventud femenina para que sean las mujeres las que decidan por sí mismas qué harán con su vida.

matrimonio honesto basado en el amor con una esposa verdaderamente convencida de haber tomado esa decisión o elegir otra cosa. Con esto me refiero a que Alcott pretende que sea la mujer el artífice de su destino y no que se guíe por lo que los otros quieren para ella. Meg, Amy y Jo se casan no porque alguien se los haya impuesto o porque lo hubieran hecho por conveniencia, sino porque ellas tomaron esa decisión y la consideraron correcta⁴⁹.

Alcott otorga mucho más protagonismo a Jo puesto que ella es la que más se aleja de lo que debe ser una mujer para esta sociedad⁵⁰. Jo, la mujercita "masculina", tosca, ruda, es la que permite que el argumento del libro se desarrolle todo el tiempo sin perder el carácter moralizante ni dejar de comparar la feminidad ideal presente en Meg, Amy y Beth (sobre todo en ella) con la no-feminidad de Jo. Particularmente, Beth es la que más encaja con el deber-ser trazado: una mujercita tímida, delicada, pero virtuosa y, sobre todo, que gusta de estar en casa y ayudar en los quehaceres. En cambio, Jo diverge con muchas de estas ideas: escribe, se comporta como los niños, es extrovertida, no tiene miedo de lo que los demás piensen y toma decisiones drásticas conforme a lo que considera mejor para ella (como rechazar la declaración de amor de Laurie). En resumen, Jo representa aquel ser contrapuesto al orden establecido, aquel "interés impropio de una dama"⁵¹.

49 *Ibid.*, 378. "La recompensa por ser "digna de amor", por adquirir el carácter de pequeña feminidad de la abnegación, el autocontrol, la acomodación y la preocupación por los demás, no es simplemente evitar el destino de convertirse en una solterona; también está consiguiendo al buen hombre". Traducción elaborada por Matteo Arias.

50 Con Jo podemos identificar una más que notable relación autora-personaje. Alcott se proyecta en el personaje de Jo en repetidas ocasiones.

51 Louisa Alcott, *Mujercitas*, op. cit., 657

¿ACTRICES SOCIALES EN SEGUNDO PLANO?

Como consecuencia de la industrialización en EUA, las actividades de hombres y mujeres se distinguieron principalmente en dos rubros: el de la esfera pública para los hombres y el de la esfera privada o doméstica para las mujeres.

Entonces, este nuevo sistema económico cambió la estructura de los roles sociales, argumentando que las mujeres estaban lejos de poder ocupar estas profesiones ya que eran consideradas sensible y espiritual e intelectualmente inferiores a los hombres. Para responder a estas actitudes, las mujeres participaron en los movimientos antiesclavistas, los derechos de la mujer y las reformas religiosas. Querían introducir un programa reformador para cambios sociales. Habían encontrado gran presión y oposición⁵².

A todo esto, algunas mujeres manifestaron su inconformidad ante la situación que enfrentaban ya que eran relegadas casi por completo del ambiente laboral público⁵³. La figura femenina de mediados del siglo XIX en los Estados Unidos de América (un país que se acercaba hacia el centenario de independencia, pero que todavía no consolidaba una verdadera unión americana) se caracterizaba por tener una conciencia notoria. Las mujeres de clase media estaban al tanto de lo que ocurría en su nación en la década de los sesenta

52 Khelifa Arezki y Katia Mahmoudi, *op. cit.*, 4. Traducción elaborada por Matteo Arias.

53 *Ibid.*, 4-7. J. S. Murray, Susanna B. Anthony, la poetisa Emily Dickinson y Elizabeth Cady Stanton por dar unos ejemplos.

y, por ende, tenían metas muy claras respecto al devenir de su propio ser.

Aunque son mujeres sujetas a una voluntad masculina en la mayoría de las ocasiones, también hay que resaltar su capacidad de intervención y participación. “Los objetivos del movimiento [emprendido por las mujeres] eran iniciar medidas de benevolencia caritativa, templanza y bienestar social e iniciar las luchas por los derechos civiles, libertades sociales, mejor educación, ocupaciones remunerativas y las votaciones”⁵⁴. Esto es, “agarrando las riendas de la influencia dentro de la familia, la Iglesia y el mundo social para lograr las leves protecciones y las reformas parciales que consideraban posibles. En otras palabras, ellas explotaron su empoderamiento moral para acciones tanto ocultas como abiertas”⁵⁵ dirigiendo movimientos como el de los progresistas del último tercio del siglo. En otras palabras, un papel involucrado en el acontecer grupal de los Estados Unidos de América: se convirtieron en mujeres públicas como he venido mencionando⁵⁶.

La segunda mitad del siglo XIX representa una época de convulsiones y cambios a nivel internacional, y los Estados Unidos de América no fueron la excepción. De 1861 a 1865 se vivió una guerra que dividió a los norteamericanos en dos bandos que peleaban por el control del devenir de la nación. Una vez que padres de familia, hermanos mayores y trabajadores o esclavos partieron a las filas de los ejércitos, las mujeres fueron las encargadas de cumplir las obligaciones vacantes: “para llenar los puestos vacantes que dejaron los hombres que se habían

54 Susan Cruea, *op. cit.*, 187. Traducción elaborada por Matteo Arias.

55 *Ibid.*, 190. Traducción elaborada por Matteo Arias.

56 *Idem.*

ido a la lucha durante la Guerra Civil. Las mujeres ocuparon los papeles de maestras, oficinistas, trabajadoras del gobierno y vendedoras⁵⁷. También en el sur ocurrió un fenómeno de índole similar puesto que estas adquirieron la responsabilidad de dirigir a los esclavos, el curso de las cosechas y, por supuesto, ya en la guerra, el rol de enfermeras en ambos bandos⁵⁸.

Este papel social y laboralmente activo se incrementó aún más tras el final de la guerra, pues las bajas en ambos bandos fueron muy elevadas: viudas o solteras, las mujeres debieron seguir cumpliendo aquella labor que los hombres no. En un lapso de cinco años, el ser de la mujer cambió de manera notable: se volvió parte activa de la sociedad con grado de autosuficiencia y vigor: un agente económicamente activo que perdió la connotación de fragilidad y dependencia. Niñas y adolescentes adquirieron conciencia de su relevancia e hicieron efectivo su papel no sólo de guardianas del hogar, sino de sostén económico de la familia; como nos lo mostró Louisa May Alcott. La década de los sesenta fue un parteaguas del ser femenino decimonónico: la mujer de clase media salió del hogar y cambió su forma de pensar respecto a sí misma⁵⁹. “Se trasladaron al ámbito cultural a través de la publicación, la representación y la participación en reuniones públicas. Por último, trabajaron para adquirir el voto y el derecho a ocupar cargos públicos”⁶⁰.

57 *Ibid.*, 191. Traducción elaborada por Matteo Arias.

58 *Idem.* “Más de 3000 mujeres del Norte y del Sur sirvieron como enfermeras durante la guerra”. Traducción elaborada por Matteo Arias.

59 *Ibid.*, 191-193.

60 *Ibid.*, 194. Traducción elaborada por Matteo Arias. Bien señala Susan M. Cruea que esta transición de “mujer verdadera” a “mujer pública” fue considerada como una muestra de antifeminidad, impureza y viciosa actitud. En esta sociedad estadounidense, era impropio que una mujer tuviera un rol protagónico

Dorothea Dix, norteamericana que denunció injusticias y luchó por mejores tratos para indigentes y enfermos, es un ejemplo del papel políticamente activo que muchas “mujeres públicas” estadounidenses llegaban a tener. Además de escribir obras para jóvenes y niños, fue institutriz tanto en EUA como en Inglaterra. Acumulando mucha experiencia con notables personalidades, intelectuales y reformistas de la época, Dix fue conformando las bases ideológicas de sus inquietudes: a grandes rasgos, buscar mejores oportunidades para los enfermos mentales en condición de pobreza. Ella trabajó en varios nosocomios psiquiátricos en los que pudo comprobar las paupérrimas y deplorables condiciones dadas a los enfermos. A partir de esto, Dix se dedicó a escribir numerosos textos y a emprender discursos de denuncia acerca de los abusos e irregularidades de estas instituciones. Durante la Guerra de Secesión estadounidense, Dorothea también participó activamente, esta vez, coordinando programas de enfermería para los heridos en la guerra⁶¹.

La feminización del espacio público ejemplifica que la guerra conllevó la movilización de las mujeres atentas a un sinnúmero de temas (el hambre, el robo, la huelga, las manifestaciones y el parto o el aborto en el siglo XX) que abrieron el camino para cambios sustanciales en la conciencia de los norteamericanos⁶². Es precisamente en estos tiempos de guerra cuando muchas mujeres fueron cobrando un papel más protagónico dentro de la sociedad. H.W.R. Jackson en su *The Southern Women of the*

en actividades económicamente productivas y, consecuentemente, dañaba su reputación.

61 Thomas Brown, *Dorothea Dix. New England Reformer* (EUA: Harvard University Press, 1998).

62 Kathleen Canning, *op. cit.*, 394. Traducción elaborada por Matteo Arias.

Second American Revolution explicita cómo las mujeres en esta época cumplieron con una labor muy significativo. Ya no sólo en el terreno de la enfermería, sino también con la asistencia médica directa en el campo de batalla. El mensaje que el autor deja a través de su obra demuestra una cierta confesión sobre la falta de reconocimiento acerca de la valentía y valor de miles de mujeres durante

esta guerra. Desafortunadamente no puedo profundizar mucho en esta obra, pero sí proporciono una pequeña cita que ilustra lo que asevero: “Entre los actos extraños, heroicos y de autosacrificio de la mujer en esta lucha por nuestra independencia, no hemos oído de ninguno que supere la valentía desplegada y las penurias sufridas [...]”⁶³.

TIEMPOS DE GUERRA: ENFERMERÍA

Durante la Guerra Civil, la enfermería también se convirtió en una profesión abierta a las mujeres por primera vez desde que el cuidado de los enfermos era tradicionalmente responsabilidad de las mujeres. Con el gran número de hombres involucrados en la guerra y el excesivo número de bajas acontecidas, el gobierno pronto estuvo desesperado por ayudar a cambiar los ideales de la feminidad en cuidar y atender a los heridos⁶⁴.

¿Por qué la mujer era buena enfermera para esta sociedad? Por las mismas cualidades que se le asignaban: delicadeza, paciencia,

sutileza, amabilidad y piedad⁶⁵: “atendiendo a los enfermos, particularmente los hombres enfermos, no sólo hacía a una mujer sentirse útil y realizada, sino que incrementaba su influencia”⁶⁶. Para entender esta crucial labor de miles de mujeres estadounidenses, me remito sucintamente a *Hospital Sketches* (1869) de Louisa May Alcott; una obra poco conocida si la comparamos con *Little Women*, pero que no deja de ser muy interesante para conocer a las enfermeras de este periodo. Curando enfermos, tratando heridas y atendiendo necesidades básicas, Alcott trabajó en el Hospital de la Unión en Washington D.C. durante la guerra civil norteamericana. Además, aunque Alcott trabajó un tiempo limitado como enfermera, ella se dedicó a escribir algunas de sus más importantes experiencias e impresiones de su estancia en hospital militar. Estas “cartas” o “episodios” proporcionan una descripción detallada del gran cuidado, paciencia, dedicación y esfuerzo que ella y miles de mujeres transmitían en esta más que relevante actividad. Una tarea que, por cierto, era pesada y agotadora tanto en el plano físico como en el psicológico (en constante alerta y en presencia de muchos heridos y muertos). Por lo que estos sketches son una referencia histórica valiosísima para valorar la presencia de aquellas mujeres que, si bien no estaban en el campo de batalla, su labor era también importante para mantener a los heridos con vida, curarlos y, de ser posible, devolverlos a la guerra⁶⁷.

Fue la Guerra de Secesión la que empujó a miles de mujeres a llevar a cabo tareas a las que antes no tenían acceso porque normalmente las ocupaban los hombres. Sin embargo,

63 Henry Jackson, *The Southern Women of the Second American Revolution* (Georgia: Intelligencer Stream-Power Press, 1863), 7. Traducción elaborada por Matteo Arias.

64 Susan Cruea, *op. cit.*, 195. Traducción elaborada por Matteo Arias.

65 Barbara Welter, *op. cit.*, 163.

66 *Ibid.*, 164. Traducción elaborada por Matteo Arias.

67 Louisa Alcott, *Hospital Sketches* (Alemania: Outlook, 2019), 32-33.

debido a la necesidad de reclutamiento masculino, mujeres como Alcott decidieron no quedarse con los brazos cruzados y salir a apoyar a su patria o a su familia (considerando que tenían que mantener a sus hijos mediante el trabajo en la vida pública). Por consiguiente, la mujer estadounidense de este periodo no era ajena a lo que pasaba a su alrededor y, sobre todo, era una actriz social que jugaba un papel económico, político y social primario. Mujeres como Alcott no eran damas que actuaban como muñecas en casa; desconociendo ese molde de “mujer verdadera”, ellas preferían ser mujeres públicas

La historiadora Drew Gilpin Faust señala que, además de todo lo que hemos mencionado, hubo mujeres en el sur que abiertamente manifestaron su opinión acerca de las consecuencias de una secesión por parte de los estados confederados; una división que traería ruina al país y que conllevaría un desastroso sistema esclavista en el sur.

Como la mayoría de las mujeres sureñas de su clase, Lucy Wood estaba informada acerca de los asuntos políticos y su carta revelaba que había pensado cuidadosamente sobre las implicaciones de la secesión. Sus objeciones a la desunión [...] surgieron de sus temores de que una nación sureña independiente reabría el comercio de esclavos africanos, una política que ella halló “extremadamente repugnante”⁶⁸.

Las mujeres del sur, viendo que sus familias y tierras se veían afectadas por una guerra civil inminente, no callaron en ningún momento, sino que manifestaron su repudio hacia la posibilidad de una guerra fratricida

68 Drew Faust, *Mothers of Invention* (EUA: University of North Carolina Press, 1996), 10.

en los Estados Unidos de América. Dieron a conocer sus miedos ante la posibilidad de ver sus familias fragmentadas por la pérdida de hijos o de su esposo. Lo que aquí llama la atención es que muchas no empatizaban con el reclutamiento. Todo lo contrario, demostraban su descontento con cuestionamientos como los siguientes: “¿Qué me importa el patriotismo? Mi esposo es mi país. ¿Qué es país para mí si él es asesinado?”⁶⁹. ¿Cómo explicar todo lo anterior? ¿Cómo podemos dar un sentido a la enorme contradicción que vemos en estos casos al cotejarlo con la imagen de la mujer verdadera reconstruida previamente en esta investigación? La respuesta fácil es que el ser y el deber-ser son categorías que rara vez coinciden. Para una respuesta más completa, ¿qué mejor que recurrir al diagnóstico realizado por la historiadora Anne Firor Scott y autora de *Making the Invisible Woman Visible*⁷⁰.

En un capítulo de su obra, titulado *What, Then, Is the American: This New Woman?*, haciendo una clarísima referencia al texto de Michel Guillaume Jean de Crèvecoeur, nos dice que, a partir de la década de los treinta del siglo XIX, hubo cambios en el comportamiento del género femenino. Estos cambios se debieron principalmente a las nuevas circunstancias de un país que ya para este momento había atravesado dos grandes enfrentamientos armados (1776-1783 y 1812-1815). En este caso, Scott agrupa en su obra una serie de cartas y breves apartados biográficos de mujeres que ejemplifican este cambio de comportamiento en pos de una participación mucho más activa (mediante asociaciones) en la vida pública; esto es, negándose a limitar su área de influencia al ámbito doméstico de forma exclusiva.

69 *Ibid.*, 13. Traducción elaborada por Matteo Arias.

70 Anne Scott, *Making the Invisible Woman Visible* (EUA: University of Illinois Press, 1984).

[...] Excluidas por la convención social del liderazgo, y a menudo incluso de la participación, en las principales estructuras sociales, estaban empezando a construir organizaciones e instituciones que ellas mismas podían controlar; las mujeres involucradas [...] también estaban estableciendo vínculos con otras igualmente involucradas, creando redes de comunicación y apoyo mutuo⁷¹.

CONCLUSIONES

Las mujeres estadounidenses de clase media de la segunda mitad del siglo XIX han mostrado que su forma de ser en muchas ocasiones no terminaba por encajar con eso que la sociedad esperaba de ellas. A pesar de que se estipulaban estándares de pureza, delicadeza, seriedad, virtud, etc., había mujeres cuyo comportamiento divergía en muchos puntos: mujeres activamente participativas (en el plano público) en la política y la economía; mujeres que manifestaban su inconformidad o que criticaban el statu quo de la guerra civil. Tomando en cuenta que toda representación o significación social contiene una escala de valores que son históricos y contingentes a la sociedad que los elabora, llama la atención que hubiera tantos casos donde no se pudiera corroborar la verdadera esencia del deber-ser que se asignaba. Esto es, para el cumplimiento de los objetivos que esta investigación se propuso, fue muy fácil hallar excepciones a la regla establecida (la mujer verdadera dislocada por la mujer pública) dentro de la literatura e historia estadounidense. Son numerosos los casos en los que pudimos presenciar que, a pesar de que la educación,

71 *Ibid.*, 37.

la ideología social y la moral construían un ideal femenino de una lady muy delimitada desde sus modales hasta la vestimenta, una parte de las mujeres no cumplía con ese rol, sea por las circunstancias de la guerra o por su propia voluntad (como vemos en los casos de Alcott, Dix o Stanton). El quid de la cuestión es que releer desde una mirada contextualista a la sociedad estadounidense nos permite visualizar diversos ejemplos en donde no se cumplía con el deber-ser.

Sorprendentemente una guerra que provocó, entre una de sus muchas consecuencias la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos de América, trajo consigo el punto de inflexión para el cambio gradual del ser y deber-ser que continuó durante los siguientes sesenta años hasta causar que “entre 40 y 60 por ciento de las mujeres universitarias graduadas no se casaran en la misma época en que sólo 10 por ciento de todas las mujeres americanas no lo habrían hecho”⁷². En resumen, la guerra causó que la mujer estadounidense se movilizara política y económicamente dentro de los centros urbanos, las plantaciones y los pueblos norteamericanos. Con esto, puedo asegurar que la década de los sesenta del siglo XIX fue la encargada de desarrollar un nuevo pensamiento intelectual e ideológico-moral hasta el punto de dejar de ver la maternidad y el matrimonio como las únicas posibilidades en el horizonte de expectativas.

Ahora, aquí de nuevo necesitamos hacer otro matiz. Esta nueva mujer pública no perdió la connotación de virtud moral y pilar familiar en el plano doméstico o privado, pero adquirió la posibilidad de entrar en el escenario del trabajo exterior (por necesidad principalmente ante el panorama bélico)

72 Susan Cruea, *op. cit.*, 200. “La mujer nueva, sin embargo, abandonando completamente el rol de esposa y madre, había ido muy lejos para gran parte de la gente”. Las traducciones son mías.

y de una más abierta participación en las actividades económicas públicas...⁷³ añadiendo un activismo político naciente (con movilizaciones y asociaciones) en pos del sufragio femenino e igualdad de oportunidades en diversos campos.

Brevemente, los años de 1860 constituyeron el principio de los múltiples cambios que estarían por venir para las mujeres estadounidenses en los siglos XX y XXI. En una época en la que la mujer tenía que ser madre de familia, podemos afirmar que no sólo este papel se veía cumplido, sino que aquellas mujeres formaban una parte importante de la sociedad desde que se había consumado la independencia hasta el periodo en que nos enfocamos en la investigación. Su participación en las labores públicas de los estados del norte y sur, su desempeño en la guerra (como enfermeras en su mayoría) y su capacidad para haber mantenido la economía norteamericana a flote muestra con creces que las mujeres eran partícipes de esta sociedad y, por lo tanto, merecen ser reconocidas dentro de los estudios históricos. El género femenino tuvo un papel fundamental. Consecuentemente, esta investigación demuestra la pertinencia de ampliar el campo de visión de las

73 *Ibid.*, 202. “Estos avances otorgaron a las mujeres la oportunidad de la autosuficiencia, la participación y los discursos públicos y el empleo significativo”. Traducción elaborada por Matteo Arias.

investigaciones históricas, pues no se puede entender la escena completa si no recuperamos a todos los actores que formaron parte de ella.

Las mujeres deben ser consideradas como un segmento diferente, pero no aparte de la sociedad que integran y que ellas mismas definen. Con base en la hipótesis de esta investigación, comprobamos que las regulaciones sociales sí condicionaban a las mujeres al definir cuasi-inflexibles demarcaciones sobre lo que se tenía que hacer para no ser vista de mala manera. No obstante, a pesar de estas limitaciones, fueron muchas las mujeres que lograron superar este hándicap para transformarse en una parte fundamental de su sociedad. Y, si bien no se podía perder aquel ideal de pureza y virtud, hubo mujeres que lograron transformarse en una versión pública de sí mismas sin perder aquella connotación. No podemos afirmar que ellas fueran ajenas a lo que la sociedad les imponía (pensar eso sería absurdo), pero sí aseguro que sería una injusticia pensar que todas ellas fueron amas de casa, delicadas, caseras y bien portadas según los estándares ya estudiados. La denominación de “mujer verdadera” fue un término arbitrario ocupado en su tiempo para definir una realidad que a veces se veía contradicha por la figura de la mujer pública que salía al escenario como una actriz principal y no como una incidental.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcott, Louisa. *Mujercitas*. Traducido por Gloria Méndez. Barcelona: Planeta, 2009.
- Alcott, Louisa. *Hospital Sketches*. Alemania: Outlook, 2019. Acceso el 28 de septiembre de 2020, <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=iLOxDwAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA67&dq=Hospital+Sketches&ots=yB7E-5OYqi&sig=OChsDQKo7lfq6UWF5DvB7H-S1UrY#v=onepage&q=Hospital%20Sketches&f=false>
- Arezki, Khelifa y Katia Mahmoudi. "American Women of the Colonial Period and of the Nineteenth Century City". En *On the Equality of Sexes*, editado por Judith Murray. Argelia: Multilinguales, 2013, 1-10. Acceso el 21 de septiembre de 2020, <http://journals.openedition.org/multilinguales/2724>
- Brown, Thomas. *Dorothea Dix*. New England Reformer. EUA: Harvard University Press, 1998.
- Canning, Kathleen. "Feminist History after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience". *Signs* 19 (1994): 368-404. <https://www.jstor.org/stable/3174803>
- Conway, Jill, Susan Bourque y Joan Scott, "El concepto de género". En *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, editado por Marta Lamas. México: PUEG, Porrúa, Grupo Editorial Miguel Ángel, 2000. Acceso el 19 de junio de 2021, https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/34397951/IMG-with-cover-page-v2.pdf?Expires=1624114677&Signature=Bq3ml69fNNKP26hqdwAlh3q~JYKqgJ2LzOGQ6OsuB-9ldsMX4aNvdR1Sch1m-NF9FzOuzcfOFt4JA1GJDqcbg6SqQM0USJZ2jxIWb3-iWFtQqhA5DmjE62FZbSqi-gGkG7OkbocUWQ7TGfOIHSzrgDF1227BOePSs9uoqII2S0coxTjJxInk7VxJFHrop0KOskwQqhZxSoHcHuZTTqY910D-NKK7kd802J2Q9Fjh6qf4Qtmovs0c9cdDbs9wZs-23J05kFvCbWvjBFfwt89DIR1UfnDH7HspB1oHWu2MDcbzxIHYekagBBvM0tZY3Nmt-0m7QX7ZEORS9G4csb75~9LtA__&Key-Pair-Id=APKAJLOHF5GGSLRBV4ZA
- Cruea, Susan. "Changing Ideals of Womanhood During the Nineteenth-Century Woman Movement", *General Studies Writing Faculty Publications* (2005): 188-204, https://scholarworks.bgsu.edu/gsw_pub/1/?utm_source=scholarworks.bgsu.edu%2Fgsw_pub%2F1&utm_medium=PDF&utm_campaign=PDFCoverPages
- Faust, Drew. *Mothers of Invention*. EUA: University of North Carolina Press, 1996. Acceso el 10 de septiembre de 2020, <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=DKxC8dNYvu-0C&oi=fnd&pg=PR11&dq=Mistresses+of+Invention&ots=pmLRNvraeU&sig=fG7QkusR-4bW2EuHNs4gjrONke9E#v=onepage&q=Mistresses%20of%20Invention&f=false>
- Fetterley, Judith. "Little Women: Alcott's Civil War". *Feminist Studies Summer* 5 (1979), 369-383: <http://www.jstor.com/stable/3177602>
- Harris, Kristina. *Authentic Victorian Fashion Patterns: A Complete Lady's Wardrobe*. New York: Dover publications, 1999.

- Jackson, Henry. *The Southern Women of the Second American Revolution*. Georgia: Intelligencer Stream-Power Press, 1863. Acceso el 25 de septiembre de 2020, <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=dul1.ark:/13960/t6d22pw30&view=1up&seq=5>
- Mason, Mary. "Women in the Nineteenth Century as Seen through History and Literature". *The History Teacher* 8 (1975): 193-198. <http://www.jstor.com/stable/491522>
- Mendiola, Alfonso. "Cuestiones de método". En *Retórica, comunicación y realidad*. México: UIA, 2003.
- Pani, Erika. *Historia mínima de Estados Unidos de América*. México: El Colegio de México, 2018.
- Reisen, Harriet. *Louisa May Alcott. The woman behind Little Women*. EUA: Henry Holt & Company Inc., 2010. Acceso el 24 de septiembre de 2020, <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=mRX160172-UC&oi=fnd&pg=PP2&dq=alcott%27s+little+women&ots=79bRwo-4KO&sig=Bh761b73xe1sVA93PX1u357pnwU#v=onepage&q=alcott's%20little%20women&f=false>
- Scott, Anne. *Making the Invisible Woman Visible*. EUA: University of Illinois Press, 1984. Acceso el 13 de septiembre de 2020, <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=KIJ6zp3kXGIC&oi=fnd&pg=PR11&dq=Ann+Firor+Scott&ots=FzTrwl4dlu&sig=-qo0Ko5NKA4UYSP7ANOCKJ4paTY8#v=onepage&q=Ann%20Firor%20Scott&f=false>
- Scott, Joan. "El género: Una categoría útil para el análisis histórico". En *El género: una categoría útil para el análisis histórico*, editado por Marta Lamas. México: PUEG, 1996.
- Steele, Philip. *A History of Fashion and Costume. The Nineteenth Century*. EUA: Bailey Publishing Associates, 2005.
- Welter, Barbara. "The Cult of True Womanhood: 1820-1860". *American Quarterly* 18 (1966): 151-174. <http://www.jstor.com/stable/2711179>